

II CONCURSO DE RELATOS ERÓTICOS

Mi nombre es Lucía

Mi nombre es Lucía. Desde hace dos meses tengo veintiún años y un corazón tan desnudo como solo. Mi madre decía que los hombres son poderosos pero nunca por sus propios méritos ni hazañas, decía que lo que los hace poderosos es la imaginación de las mujeres que los aman a lo largo de sus vidas. Así he descubierto en estos días la envolvente sabiduría que condujo a mi madre a decir esas palabras, porque en el poco tiempo que lleva mi imaginación siendo la que dicta las sensaciones más desgarradoras a mi carne, desde que abandoné la realidad de los sentidos a la vez que a aquella figura con la que tantas veces prendí fuego a las nieves de los altos montes del sexo; siento por ese hombre, a quien tanto he amado y de quien la sin razón de la utilidad me separó, la especie de idolatría extraterrena sobre la que viven los ángeles.

Lo recuerdo tan bien. Paseábamos por la playa con las manos enlazadas, andando sobre la espuma que lentamente se retiraba hacia el mar deshaciendo sus burbujas en nuestros pies. Era el viento el único que hablaba y en algún momento una gaviota rezagada contestaba a los silbidos surcando sus mil voces. Yo lo miraba mientras la oscuridad comenzó a pintar el cielo y el perfil de su sonrisa me contaba que desde el amor nacían las flores de nuestro silencio. Apretó mi mano y se detuvo. Con las palmas de sus manos abrigó mis pómulos y me besó, posando la piel salada de sus labios en los míos, pellizcándome tiernamente el labio inferior, humedeciendo con su lengua caliente mi piel cortada por la brisa. Sus manos se perdían bajo mi pelo masajeando mi nuca erizada. El viento silenció su caminar y la playa se paralizó. El mar detuvo las olas y sus besos llegaron a mis hombros. Yo, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, esperaba sus suaves mordiscos bajo el final redondeado de mi rostro. Acariciaba su pecho y en esporádicos espasmos le clavaba las uñas ligeramente para que sintiera cómo yo lo sentía: como a cada beso, en cada roce de nuestras lenguas, la excitación se acumulaba entre nuestras piernas y me empujaba a apagar la llama azul que prendía desde mi sexo en sus tersos muslos.

La arena blanda en aquella noche de verano nos invitó, y en su regazo nos dejamos volar uno sobre el otro deseando que cada rincón

de nuestros cuerpos fuera acariciado, besado y apagado como el incendio desprovisto de prejuicios que eran nuestros cuerpos.

Aparecieron las estrellas en el cielo y junto al mar que de nuevo escuchábamos nos cantaron esa nana que tantas veces, a lo largo de la historia el mar y el cielo cantaron a los amantes que soñaban con sus sexos a orillas del Mediterráneo.

Después vino el adiós, la tristeza, esa sensación irreparable de vacío que queda tras la despedida y el viaje de vuelta a casa, el deseo de ver a mamá para contarle mis nuevas sensaciones y mis miedos. Vino la soledad completa y papá con Alicia, la noticia de que no volveríamos a la costa y la llamada de teléfono que apuñala el corazón de un hombre enamorado.

Y es ahora, en el tiempo en el que vivimos los mortales, en este trineo sin freno, en donde trascuro; persiguiendo sus labios como a un espejismo tras el que me arrastro hasta caer rendida cuando llego a casa y saludo a mi padre y a su novia Alicia y me tumbo a pensar en los momentos dulces. En esos instantes en los que me sentía dueña de las estrellas. En los que su piel se convertía en el tobogán de mis sueños y descubría el mágico sentido que el placer nos propone. En el que el estremecimiento de cada porción de mi cuerpo era el objetivo a alcanzar y el universo eran sus labios y su cuello, los hombros sobre los que arrojaba como cataratas de miel mi pelo.

Me aseguro de la puerta cerrada, y la tenue claridad del atardecer me facilita cierta libertad mental con la que mis pensamientos se abrigan. En los instantes de silencio, cuando la penumbra llega también a los sonidos y no se oye a mi padre ni a Alicia discutir sobre el verdadero amor, entre ese silencio, los recuerdos se me vuelcan entre los muslos como un recipiente hasta el borde de calor suave y en los valles secos de mis geografías llueve y es la resurrección, el manantial sereno en donde baño mi soledad y redescubro el verdadero nombre de los dioses. Invito a las manos a pasear libres sobre mi cuerpo, a entretenerse rodeando el pozo de mi ombligo y a subir como arañas hambrientas en busca de los pezones que se endurecen bajo el sujetador. Acaricio mis senos suaves desde las axilas hasta el esternón presionándome el pecho hasta sentir el latir acelerado de mi corazón. Mientras, con la otra mano, me bajo las bragas torpemente hasta dejar al aire el rizado bosque de mi pubis. Entre los rizos suaves y tersos como grama tierna juegan a enredarse mis dedos, sugiriendo en cada pasada el deseo de hundirse en el húmedo calor de mis labios menores. Sobre su carne ardiente cabecea mi dedo corazón apartando el vello que enjaula el flujo inapresable de un destino: la inflamación táctil de mi sexo, mi boca medio abierta,

mi lengua mordida acariciada por el filo de mis incisivos y la imposibilidad de mantener los párpados abiertos. Aprieto los muslos contra la mano y el placer me empuja a hundir la cara en la almohada para ahogar los gemidos que surgen como lavas desde mi garganta y hace que me fuerza sobre las caderas mientras me penetro con el dedo a ritmo lento y me acaricio el clitoris.

En mis ojos cerrados se proyectan las imágenes de nuestros cuerpos desnudos, de sus manos sobre mis pechos y la indescriptible sensación de sentirlo crecer dentro de mí, a cada punzada la liviana presión de la yema de mi dedo. Su lengua me lame el sudor del cuello, mi mano responde descendiendo por mi garganta. Sus besos me humedecen la boca reseca. Mi cintura se balancea al ritmo cada vez más rápido de mis caricias y llego al éxtasis, a la ceguera más hermosa, de menos a más, como un electrocardiograma del placer supremo, el bien paseando entre mis entrañas como un aleteo de mariposas y el vacío en mis pulmones y la hipersensibilidad subsiguiente y el calor frío del silencio y la oscuridad de la noche que ha llegado y la soledad de mi cuarto y echarlo de menos y recordar a mamá y entenderla un poco más.

Es irremediable pensar en cómo me habrían ido las cosas de haber rayado el corcho de la locura. Si hubiera abandonado la comodidad de esta casa por la de su abrazo. Si hubiera intercambiado el verdadero amor, la desbordante pasión, la juventud en su expresión divina, por esta cobardía que padezco, el frío de esta ciudad, las voces familiares y a la vez tan lejanas de quienes me rodean y este alma que engendra la memoria del deseo y del sexo.

Fdo. Ratón de Monferrado